

Como algunos de ustedes saben, el 8 de agosto fue sentenciada a una semana en la cárcel. Fue el resultado de una acción de conciencia que tomé con muchos otras personas en solidaridad con la Nación Tsleil-Waututh en el ahora llamado Colombia Británica. Los Tsleil-Waututh que pertenece a la Nación Mayor de los Salish de la Costa están defendiendo su territorio de la imposición de una refinería y pipa del petróleo pesado (bitumen) que esta siendo impuesto en territorio tradicional. Acá abajo tienen la carta que escribí al Juez en mi defensa, traducida por mi hermana la gran artista de Guatemala, Margarita Kénéfic.

7 de Agosto de 2018

Muy estimado Juez Affleck,

Es con gran consternación que me encuentro ante usted acusada de desacato a su tribunal. Déjeme antes que nada pedirle que me disculpe. En ningún momento he pretendido, ni pretendo, faltarle al respeto. Yo lo veo a usted. Usted es mi hermano; como yo, un hijo de Dios.

Ahora bien, yo no conozco su vida personal, pero quizás usted es esposo, padre, incluso abuelo. Yo estoy segura que usted ha trabajado duro y amado bien. Pienso que usted hizo todo lo mejor que pudo, dedicó muchas y largas horas, mucho estudio y reflexión sincera, para alcanzar una posición honrosa en su profesión; y que usted tiene una profunda confianza en la manera en que hemos ordenado nuestra comunidad humana, aquí en lo que ha sido nombrado Columbia Británica en Canadá.

Me apena que mis acciones hayan sido interpretadas como una señal de irrespeto. Mi intención, a través de mis actos, era la de entablar un diálogo urgente, una conversación honesta. La necesidad de hablarnos unos a otros es tan grande que me llevó a comportarme de maneras que normalmente nunca hubiera considerado. Yo, también, anhelo ser contemplada como una mujer honorable, que ha trabajado duro y que ama, por encima de todo, esta tierra, las criaturas de la tierra, toda la Santa Creación de Dios.

Nuestro mundo, el planeta en el que todos vivimos, nuestra Santa Madre de la cual todos dependemos, está en peligro—Ella se muere. Y nosotros los humanos hemos causado esta devastación a todo lo ancho de la tierra, porque la cultura dominante tiene una forma de ser y creer que está equivocada, drásticamente. Esta visión del mundo ha nombrado a la codicia como el bien central de nuestra comunidad humana y ha olvidado los costos de tal egoísmo. Olvidado hasta el punto que los que encarnan esta vía ya no son capaces de ver, o darle valor, a las virtudes de la moderación, la cooperación, la armonía, el equilibrio, la generosidad. El resultado de este olvido es el crecimiento que serpentea destruyendo campos y bosques, montañas y ríos, peces y venados, líquenes y cedros.

De alguna manera —grotesca— muchos hemos aceptado esta visión del mundo basada en la codicia. Hemos aceptado, quizás de mala gana, que no hay otra manera para alcanzar una buena vida y seguridad para nosotros y para nuestros hijos, que no sea en la destrucción de la tierra. Tal vez pensamos que alguien más va a limpiar todo el desastre, o que alguna tecnología milagrosa va a venir y extirpar nuestros venenos tóxicos del cielo y el agua y la tierra. O que si hacemos el daño ahora, todavía tendremos tiempo para corregir las cosas después. O tal vez no podemos imaginar otra manera, y hemos dejado de intentarlo.

Un ejemplo muy específico de cómo el mundo ha tomado la vía equivocada, es este plan para expandir un oleoducto corroído que acarrea bitumen tóxico y traza su camino desde el bosque boreal de los pueblos Cree, Dene y Metis, hoy devastado y contaminado, entre las montañas y luego las tierras secas del interior, a lo largo del gran río del salmón casi hasta el mar, donde se pretende perforar un cerro y llegar a la ensenada donde el océano se acomoda entre los grandes montes verdeazules al noreste de este edificio del tribunal en que nos encontramos.

Esa tierra, esa montaña, esa ensenada, fueron arrebatadas a los pueblos originarios que vivían aquí, que habían estado viviendo aquí en gracia por milenios y milenios. Jamás fue firmado un tratado, jamás fue otorgado un permiso; no lo fue cuando tomaron la tierra por primera vez, y tampoco en el tiempo que llevamos de vida desde que las instalaciones originales para procesar y cargar petróleo fueron construidas para enviar el hidrocarburo por todo el mar.

Fue en un camino, entre el malnombrado parque de tanques— como si allí se encontrara algo alegre, alguna diversión— y las instalaciones marítimas de este oleoducto, que me encontré una mañana de abril recién pasado, de pie y de rodillas con unos cuantos de mis hermanos y hermanas bienamadas, orando y cantando y diciendo NO a esta forma de ser que dice que debemos destruir la tierra para poder vivir.

Vea usted, hay otras maneras de ver el mundo y estar en él. Y estas maneras de ver y ser quieren desesperadamente dirigirse a la visión del mundo basada en la codicia, que está matando a nuestro planeta. La gente en cuya tierra fueron construidas estas instalaciones tienen una forma de estar con la tierra, con las criaturas de la tierra, con otros pueblos de la tierra, que honra profundamente estas cosas santas. Y la justa enseñanza de las tradiciones de mis ancestros, que emergieron hace más de dos mil años de un país pequeño y seco en la parte oriental del Mar Mediterráneo, dice estas cosas:

La Tierra es de Dios y todo lo que en ella hay, el mundo y los que en él habitan. (Salmos 24)

Tanto amó Dios al mundo, que envió un Hijo al mundo para salvar al mundo. (Juan 3:16)

El fundador de la tradición que yo proclamo, Jesús de Nazaret, muy a menudo se encontraba en contradicción con las autoridades legales de su época. Sin embargo, dijo: No he venido para abolir la ley, sino más bien a cumplirla. Humildemente, nosotros también, los seguidores de este Camino, no tenemos intención de destruir ley alguna, ni actuar en desacato a su tribunal, y mucho menos a su persona, sino más bien pretendemos ponernos de pie para defender una ley más profunda, la esencia de toda ley que dice que defender la vida importa más que la plusvalía.

Espero no estar fuera de lugar, ni hablar de más. Pero es hora de ponernos de pie. Y exigir respeto por esta otra ley, esta otra manera de estar en el mundo.

Lamento que a veces hemos parecido estar enojados. Vea usted, estas cosas son urgentes. El año pasado vino al mundo mi primer nieto. Nació en el verano durante la tormenta de remolinos de humo causados por incendios nunca antes vistos en los bosques y chaparrales secos del interior, otra temible manifestación más de los cambios precipitados de nuestro clima. Casi una semana debió estar sin salir al mundo. Sus suaves pulmones recién nacidos respiraron el aire filtrado de una habitación sellada.

Afuera colgaba el sol naranja amenazante en un tenue cielo gris. Ahora espero con júbilo a mi segundo nieto, que nacerá en septiembre próximo.

Pero tengo miedo, también. Honestamente, no sé qué mundo les estaremos dejando. Me siento impotente, estoy enojada. Me enfurece que la codicia parece pesar más que una larga vida y bienestar para las generaciones venideras. Me enfurece que las prácticas destructivas de nuestra economía parecen imponerse – una y otra vez – al honorable y buen vivir. Pero luego me viene a la mente: mi tradición también tiene algo que decir sobre la justa ira.

Hubo una ocasión registrada en los cuatro evangelios en que Jesús se enfureció. Ira incandescente. Es cuando limpia el templo. Hace un látigo de cuerdas y expulsa a los cambistas de dineros, a los que depredan a los pobres.

—¡Han hecho de la Santa Casa de mi Padre una plaza de mercado!— ruge.

Toda la Creación es donde Dios habita. Toda la Creación es santa. No es para utilizarse en el asqueante amontonamiento de baratijas inútiles para unos pocos preciosos, por un corto tiempo. La Tierra no es un producto, no es un recurso por explotar. La Tierra es santa y bella y valiosa. La Tierra tiene cuerpo, espíritu, vida, alma y memoria.

Es una tragedia que nuestras enseñanzas cristianas fueran convertidas en armas del proceso de colonización, asimilación y destrucción de esta tierra, cuando en su corazón proclaman una manera diferente. Hay una enseñanza básica sobre el profundo amor y veneración al mundo de Dios, y una enseñanza sobre hermanos y hermanas y prójimos, sobre el cuidado de los pequeños, de los vulnerables. Y sobre todo, debemos honrar con humildad la fuerza vital del Universo.

Hace poco, en la iglesia nos dimos cuenta, con el corazón partido, que en nuestra colusión plena y directa con el poder del estado, con lo que en ese tiempo era “la ley”, traicionamos el mensaje mismo de lo que Jesús vino a revelarnos. Cuando la iglesia siguió a la ley del estado, cuando construimos escuelas residenciales para albergar a niños indígenas secuestrados, tomados de sus comunidades, nos olvidamos del amor, nos olvidamos de la humildad, nos olvidamos de la inclusión. Recientemente, en los pasados 20 años más o menos, nosotros en la iglesia miramos hacia atrás y vimos el rastro de destrucción que dejamos, que dejamos en nuestros altares, en los umbrales mismos de nuestras puertas. Vimos con tanta claridad cómo habíamos quedado cortos, rancios y enfermos. Vimos y nos arrepentimos y entonces dijimos que lamentamos – más de lo que podamos decir jamás – el daño que fue hecho en nuestra colaboración con el estado en el horroroso sistema de las Escuelas Residenciales Indígenas. Estas cosas eran perfectamente legales en ese tiempo – y horrorosamente equivocadas.

Hemos prometido ser un pueblo reconciliado. Si queremos que sea real nuestro compromiso con la renovación de la vida con los primeros pueblos que habitaron estas tierras, debemos desistir radicalmente de nuestra insistencia en tener la razón. Para que haya verdadera reconciliación, aquellos que en los últimos cien años han mantenido el poder apretado en su puño – el estado, los tribunales, la iglesia – deben con humildad dejar de insistir en que tenemos la única interpretación correcta del mundo, de lo sagrado, de la ley.

Ahora bien, hemos escuchado el informe de las autoridades, la policía, y los oficiales de seguridad de la empresa sobre su visión de los hechos de la mañana del 20 de abril. Con la anuencia del tribunal, yo quisiera decirle algo sobre cómo viví yo esa mañana.

Llegamos antes del amanecer y en las horas de la madrugada, con el sol suspendido aún detrás del horizonte de oriente, pasamos nuestro tiempo en oración y canto, conversando en voz baja. Apareció el sol lentamente sobre la instalación petrolera, y los tanques tenían un resplandor siniestro en la pálida luz verdosa de la mañana. Olía a estación gasolinera, y mi estómago se sentía aguado por dentro. Se divisaba apenas un árbol alto, en el centro de un trecho despejado. Algo causó un destello con la luz del sol. Era un cono metálico invertido, suspendido en el gigantesco cedro para evitar que las águilas hicieran allí su nido. Sentí doblegarme la congoja.

Y entonces llegaron los Pueblos de esta Tierra a pararse con nosotros.

Se quedaron de pie justo frente a mí, sonando tambores y cánticos. La canción se hundía y se levantaba y nos cubrió, nos prensó, nos clavó en la tierra. No nos podíamos mover. La canción sonaba tan fuerte que las montañas al otro lado escucharon y se alegraron. La pequeña montaña en la que nos erguíamos – tan destazada y dañada ya por la codicia humana – respiró y dio gracias. El eco del tambor resonó por toda la ensenada, y regresó cargado de la promesa de los antiguos, que han estado aquí desde siempre. El eco era un canto agradecido, una invitación y – al final – un mandato.

Escúchenme, dice el tambor, el eco, el agua, los montes, la ensenada, el mar, los antiguos, los que tienen el corazón partido desde que fuera tomada esta tierra, los que vieron cómo era asesinada esta tierra por primera vez. Escúchenme, dice el tambor. Humildes, en congoja, en veneración. Escuchen.

Y así nos quedamos, nos arrodillamos. Yo me arrodillé. Con todo lo que soy y todo lo que soy, dije: lo lamento.

Al otro lado de la cerca las aves cantaban desparramadas entre los árboles que aún quedaban. Tantos árboles han sido derribados, abriendo camino para la cola del oleoducto.

Los árboles y la montaña, las águilas y sus nidadas, importan. Aquí están, todavía. Las águilas, los árboles, los osos, las ballenas, y los pueblos originarios.

Porque la crucifixión de esta tierra, y de la gente de esta tierra, no funcionó.

Aunque los capataces intenten decir una vez más que esta tierra es suya, nosotros nos arrodillamos y decimos: no. Esta tierra pertenece a Quien la hizo. Y nos dirigimos en obediencia a esa Una, y a quienes han prometido cuidarla en verdad.

El genocidio del pueblo Salish de la Costa no funcionó. Todavía están aquí. Están de pie frente a mí, sonando su tambor. Dios, creador de Cielo y Tierra, sigue arrancando vida de la muerte, y todas las cosas son hechas de nuevo. La crucifixión no es el final, sino el pivote de todas las cosas hacia Dios. Todo lo que fue hecho a esta tierra, profano, sacrílego, será deshecho.

Y por eso nos arrodillamos allí en aquella mañana. Por eso es que no nos retirábamos. En obediencia.

El único que tiene autoridad aquí es Quien hizo Cielo y Tierra. La Una que habla aquí con voz verdadera es el tambor. Escuchen.

En el Nombre de Quien nos creó,

En el Nombre de Quien nos redime,

En el Nombre de Quien sopla todo aliento de vida al ser.

Emilie Teresa Smith